

LA DIFÍCIL FRATERNIDAD

Un tema recurrente en la Biblia es la animosidad entre miembros de una familia: Caín y Abel, Jacob y Esaú, José y sus hermanos, o la conocida parábola del hijo pródigo (y su hermano mayor) son tan solo algunos de los muchos ejemplos de conflictos fraternales que encontramos en la Sagrada Escritura.

LAS historias son muy variadas, pero todas comparten al menos dos elementos en común: siempre es el hermano menor quien resulta ser el favorito de Dios; y el hermano mayor siente celos ante el reconocimiento especial del menor, a pesar incluso de su deplorable comportamiento, como en el caso del hijo pródigo.

Son varias las interpretaciones que se han ofrecido a lo largo del tiempo sobre esta importante temática bíblica. Hay quienes han buscado explicaciones de tipo político. Por ejemplo, algunos exegetas argumentan que el trasfondo histórico de estas historias puede ser la guerra civil entre el reino más pequeño, Judá, y el reino más fuerte, poderoso y financieramente estable de Israel. En esta lectura, Judá se identifica con el «hijo menor» o el «hermano pequeño», bendecido por Dios. A estas exégesis se suman otras, de tipo psicológico, en las que los complejos mecanismos de comparación y competitividad por el favor o el afecto de los progenitores —el denominado «síndrome del príncipe destronado»— quedarían recogidos de forma narrativa en los relatos bíblicos.

Junto a estas legítimas y sugerentes interpretaciones, lo cierto es que el conflicto entre hermanos de sangre simboliza también de forma cruda y amarga la dificultad para construir la fraternidad. Si los hermanos sienten celos, traicionan y hasta matan a quienes comparte su sangre: ¿Qué podemos esperar de nuestra relación con el otro, con quien nada comparto? ¿No resulta ingenua y casi absurda, a la luz de estas historias, la propuesta cristiana de considerar a todo ser humano un hijo de Dios, un hermano y una hermana?

La fraternidad fue el tema central de la encíclica *Fratelli tutti* (FT). En ella, el papa Francisco recordaba que «poco después de la narración de la creación del mundo y del ser humano, la Biblia plantea el desafío de las relaciones entre nosotros. Caín destruye a su hermano Abel, y resuena la pregunta de Dios: “¿Dónde está tu hermano Abel?” (Gn 4, 9). La respuesta es la misma que frecuen-



temente damos nosotros: “¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?”» (FT 57).

Vivir resucitados es vivir como hermanos que se aman, porque amar es una forma de resucitar.

Se trata de una pregunta que reverbera a lo largo de la historia llegando hasta nuestros días: ¿Seremos alguna vez capaces de guardar y custodiar a nuestros hermanos y hermanas? ¿O siempre responderemos con evasivas? Escribiendo estas líneas desde Europa, resulta casi inevitable traer a colación la guerra de Ucrania, un conflicto en el que dos pueblos hermanos que tienen tanto en común se están matando. Los también sangrantes casos de Yemen, Etiopía, Sudán o Siria se suman a la lista. Por desgracia, no son los únicos ejemplos contemporáneos de conflictos fratricidas.

Si, como cristianos, no queremos caer en el escepticismo sobre la posibilidad de construir una auténtica



fraternidad universal –motivos hay para ello, y muchos– tendremos que alimentar una difícil esperanza y resistir la tentación de la desesperanza. Y en esa tarea, no podemos prescindir de la inspiración de la propia Biblia, la misma que muestra con crudeza la facilidad con que se rompen las relaciones entre hermanos.

La primera carta de Juan resulta, en este sentido, especialmente inspiradora. En ella, se nos recuerda que «Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está y camina en las tinieblas» (1 Jn 2, 10-11). La fraternidad se concibe aquí principalmente como un camino hacia la lucidez, y no solo como un compromiso ético o una respuesta a un mandato divino. Amar es ver con claridad, ser lúcido, vivir iluminado. Quien ama se transforma en un hijo, una hija, de la luz.

Más adelante, se insiste en que la construcción de la fraternidad no es un añadido o algo periférico y opcional para el creyente. Al contrario, es una cuestión en la que nos jugamos nada menos que la salvación, ya que el amor es una forma de experimentar y anticipar, aquí y ahora, la resurrección: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte» (1 Jn 3, 14). Vivir resucitados es vivir como hermanos que se aman, porque amar es una forma de resucitar.

**«Quien no ama a su hermano,
a quien ve, no puede amar a Dios,
a quien no ve» (1 Jn 4, 20)**

Por último, Juan nos recuerda que en último término el amor fraterno es una cuestión teológica, una puerta de acceso a la misma divinidad, a la visión beatífica: «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20). El cristianismo concibe la divinidad como tres personas que se aman. Y el amor como camino privilegiado y puerta de acceso a esa Trinidad. Por eso el ideal de la fraternidad se hace concreto al reconocer al mismo Cristo en cada hermano

abandonado o excluido, tal y como advierte la escena del juicio final del evangelio de Mateo. En Cristo, y por medio de su encarnación, la Trinidad abre sus puertas para incorporar en su comunión al ser humano.

Francisco es consciente del carácter utópico de la propuesta cristiana, de la enorme fragilidad de las relaciones humanas y, por tanto, de la perenne necesidad de «hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad» (FT 8). Quizás la fraternidad universal sea un sueño irrealizable en este mundo. O quizás sea el más sorprendente de los milagros. Uno de esos milagros que requiere de mucha fe. La fe capaz de mover las montañas de la indiferencia, la envidia, el escepticismo y el egoísmo. La fe capaz de obrar el milagro de la fraternidad.

JAIME TATAY, SJ